

LOLA FERNÁNDEZ PAZOS

El PAZO, *de* LOURIZÁN

*«Un viaje nostálgico
a nuestro pasado,
entre lo real y lo mágico».*

ARANTZA PORTABALES

Harper 

Historias en femenino



LOLA FERNÁNDEZ PAZOS

El PAZO *de*
LOURIZÁN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El pazo de Lourizán
© Lola Fernández Pazos, 2022
Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio
Imágenes de cubierta: Dreamstime y Shutterstock

ISBN: 978-84-18976-27-8

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Prólogo

Primera parte

1. El misterioso sobre de ribetes rojos y azules

2. Carta de ajuste

3. El demonio en casa

4. Rastro de polvo estelar

5. A la puerta del infierno

6. Llanto de tinta mecanografiada

7. La novia sin lunar

8. Mariposas mágicas

9. Metamorfosis

10. Apellidos discordantes

11. Enigmas del sur

12. El primer gran golpe

13. Confesiones del Opus Dei

14. El frágil hilo de la vida

15. Código postal

16. Escuela de Forestales

Segunda parte

17. La vergüenza del hambre

18. Duermevela con tuberculosis

19. La nueva peixeira de la lonja

20. El primer encuentro

21. Caminos de aldea

22. Malentendidos

23. Recompensas de madre

24. Nueva oferta laboral

25. La regata

26. El bofetón

27. Futuros compromisos

28. Mujeres libres

- [29. Adivinanzas](#)
- [30. Pasiones desatadas](#)
- [31. X Feria Fabril](#)
- [32. Grandes esperanzas](#)
- [33. Minas de Wolframio](#)
- [34. El profesor](#)
- [35. La entrevista](#)
- [36. El Kursaal](#)
- [37. Una solución precipitada](#)
- [38. La confesión](#)
- [39. Unos ojos azules](#)
- [40. El romance epistolar](#)
- [41. La aurora boreal](#)
- [42. Fotos de estudio](#)
- [43. Cristales rotos](#)
- [44. Arrepentimiento](#)
- [45. La revelación de Nita](#)
- [46. El rechazo](#)
- [47. La llamada del Gobierno](#)
- [48. Una sobrina lejana](#)
- [49. Desaparecida](#)
- [50. Persuasión](#)
- [51. Primer día de escuela](#)
- [52. Principio de perdición](#)
- [53. La fábrica de hielo](#)
- [54. Haciendo agua](#)
- [55. El Pazo de Lourizán](#)

Tercera parte

- [56. Parada en Wembley Park](#)
- [57. Aroma de té con leche](#)
- [58. El baile de las barbies](#)
- [59. Álbum de la distancia](#)
- [60. Descubriendo el pastel](#)
- [61. Espejo del tiempo](#)
- [62. La huella dactilar](#)
- [63. El conxuro de la verdad](#)

64. Saqueo de madrugada

65. El dolor de Bela

66. Un pacto conspiratorio

67. La prolífica descendencia

68. Aterrizaje en Barajas

69. El perdón

70. Episodios malignos

71. Entre rejas de metal

72. Una promesa por cumplir

73. Lágrimas sobre la camilla

74. La perfecta residencia

Agradecimientos

*A mi tía Amparo, por contarlo; a mis padres,
Fina y Gisleno, por ocultarlo; a Ave y mi
hermana Inma, por alentarlo.*

Prólogo

Marín (Pontevedra), enero de 2019

Esta historia no tendría que haber ocurrido. No es un argumento inventado con personajes inspirados en una época inexistente o acciones moldeadas en pro del interés literario y el gusto por la imaginación, sino el fiel y vivo reflejo de una realidad que unos quisieron ocultar y otros prefirieron contar... Sospecho que no te resulta sencillo escribirla. Tener que dotar a cada uno de los elementos que la componen de unos mínimos atributos ficticios para lograr esa necesaria distancia que te permita digerirla y afrontarla antes de que caiga en el olvido para siempre.

Creciste entre susurros que contribuyeron a agudizar tu intuición. En mitad de una transición política en la que nadie podía hablar, todo era secreto y oscuro. Al igual que esos nietos robados de las Madres de Mayo durante la dictadura argentina o esos descendientes de nazis, suspicaces ante sus progenitores, tú también viviste entre miradas de soslayo que ahora intentas describir para cumplir, por fin, una promesa postergada en el tiempo.

Hoy, a punto de alcanzar los cincuenta años y con el total conocimiento de los recovecos de la vida, te preguntas qué hacer con los afectos. Cuando ya has descubierto la verdad y has vivido lo suficiente como para no sentir ni odio ni pasión por el pasado. Ahora, echas la vista atrás para

rememorar a esa niña que fuiste cuando todo lo que te rodeaba era inocencia y tu madre abría las postales de Navidad...

Primera parte

1

El misterioso sobre de ribetes rojos y azules

Madrid, diciembre de 1974

Aquella extraña misiva que llegó en la epifanía de tus cinco, casi seis años, fue el detonante de toda esta historia. Hasta ese momento, tu madre siempre había recibido con inmensa alegría y felicidad las tarjetas navideñas, esperando ansiosa las noticias de sus allegados para compartirlas con vosotros. Constituían su modo, junto con las visitas nocturnas a la centralita de Telefónica, abrigados con los asfixiantes verdugos, de acortar distancias y contribuir a que vosotros, sus hijos, sintierais el calor familiar que en Madrid os faltaba. Acuérdate si no, cómo subía pletórica las escaleras con la gabardina gris empapada de lluvia y las acelgas sobresaliendo del carro, y luego os mostraba ilusionada, una a una, las cartas que acababa de recoger en el buzón. Abría la puerta siempre con la misma expresión de satisfacción por veros de nuevo y encontraros bien tras su ausencia, besándoos sin plegar el paraguas y mojando vuestras caritas, así como los sobres enviados por la familia desde distintos puntos de España.

A tus tres hermanos y a ti aquellas noticias del abuelo, de las tías o los primos, que nunca contaban nada nuevo, pero que estaban escritas con esmerada caligrafía para deseáros felices fiestas, os dejaban contentos para el resto del día. Marcaban el inicio de la Navidad, cuando ya no quedaban más dedos ni de manos ni de pies que descontar y sobre las figuritas de chocolate envueltas en papel plata de brillantes colores se cernía su fatal final: «Muñecolate, muñecolate, ¿llegarás a Navidad?...». Ella siempre te repetía la misma cantinela para, acto seguido, comerte a besos.

Con la llegada de aquellas estampas irrumpían también las vacaciones: el tiempo de juegos, el aroma a abeto y el olor a polvorones siempre escondidos debajo del aparador para dificultar el acceso, aunque a ti, huelga decirlo, con ese cuerpo mullido y redondito, poco o nada te costaba rodar hasta allí. Eran momentos de cuidar el paladar, de botellas cristalinas y brocadas de Anís del Mono, de sabrosos efluvios que surgían de la cocina y que ella condimentaba a fuego lento con absoluta entrega para conquistar vuestro apetito.

Tú siempre la esperabas impaciente. Intuías su presencia incluso en el descansillo de la puerta, antes de que se delatara sacando del bolsillo el ruidoso manojito de llaves. Aunque estuvieras en la otra punta de la casa, bastaba un leve movimiento suyo para oír el tintineante sonido producido por el choque de las dos medallas, una suya de la Virgen María, y otra de tu padre, con el Sagrado Corazón en relieve, que llevaba colgadas del cuello. Era como si una suave campanilla te anunciara su llegada. Al otro lado de la entrada, aún con las lagañas en los ojos y abrigada con la bata de felpa azul turquesa para que no se enfadara, la esperabas expectante, como si durante ese tiempo no hubieran transcurrido un par de horas, sino todo un siglo de su partida.

Antes de ponerlos el Cola-Cao caliente con las galletas María en la mesa ovalada y pediros que os sentarais en

aquellas enormes sillas de asientos tapizados en color granate y respaldo de madera labrada, ella procedía a abrir todos los sobres. De cada postal identificaba primero su procedencia, luego os leía los buenos deseos de quien la escribía y después alababa la delicadeza y el gusto en la elección. Tras la escucha, las sorteaba para que copiarais las ilustraciones más sencillas —Papá Noel, el abeto o el pesebre—, poniendo atención a cada uno de los detalles y coloreando sin salirse de los bordes de las figuras dibujadas.

En Navidad, os dejaba utilizar cualquier material de pintura que quisierais, incluso excepcionalmente os permitía la caja metálica de acuarelas y los botecitos de óleo, con la única condición de que no os mancharais. Para ti, esos momentos constituían los instantes más alegres de las fiestas, los cuatro hermanos pintando juntos bajo el haz resplandeciente que desprendían los miles de cristalitos de la lámpara de araña.

Ese año también repitió el ritual. Antes de que os despertarais, acudió veloz al mercado; compró las acelgas, las chirlas, el cordero, las cuatro barras de pan que os comíais a diario y recogió las cartas. Siempre la misma rutina, la misma cotidianidad, o al menos eso te pareció, hasta que os enseñó distraída los sobres mientras se quitaba el anorak y entonces, sin que nadie más que tú se diera cuenta, te percastaste de algo distinto. ¿Te acuerdas? Al principio no te resultó nada sorprendente, pero a medida que fuiste observando su reacción presentiste que algo raro ocurría.

Mientras tus hermanos se peleaban por los lápices de colores de la caja Alpino, las ceras Manley o las barras de pastel, observaste con extrañeza que, entre todo el manojito de sobres cuadrados de papel tosco reciclado, sellados con el perfil de Franco, uno sobresalía. Parecía diferente del resto: rectangular, sedoso y ligero. Destacaba por tener unos bordes zigzagueantes en azul y rojo. Intuiste que tu

madre ni lo había visto, al recogerlos todos de golpe, pero ahora que estaba a punto de distribuirlos lo miró extrañada y sorprendida entre sus manos. Lo cogió, le dio la vuelta y leyó el remitente. De inmediato, se sobresaltó, pero al instante empezó a disimular como si no hubiera pasado nada. En un abrir y cerrar de ojos, igual que si estuviera realizando uno de aquellos juegos de Magia Borrás que tanto te gustaban, lo hizo desaparecer en el bolsillo de su falda.

Entonces, te dirigiste a ella en tono de reproche, como si ambas os hubierais intercambiado los papeles y ahora fuese tu madre la niña traviesa sorprendida en una fechoría.

—Mami, ¿por qué escondes ese sobre? —Le señalaste, mirando con atención el pico de la carta que sobresalía del bolsillo.

Ella se quedó paralizada al ver que te habías dado cuenta. Apretando los dientes con rabia y tensión, empujó aquel triángulo hasta el mismísimo fondo de su escondite para quitarlo por completo de tu vista. Lo hizo con furia, sin importarle lo más mínimo que hubieras descubierto su truco, pero asegurándose de que tus hermanos no la observaban. En décimas de segundo calibró una respuesta convincente que darte.

—¿Guardar el qué, Lúa? —dijo distraída. Y entonces tú, tan pequeña como eras, te indignaste por esa respuesta tan pueril con la que pretendía negar la evidencia de lo que acababas de presenciar.

—¡Ay, mami! Pues qué va a ser, esa carta... la bonita, la de los bordes rojos y azules... ¿Por qué no la enseñas y nos la lees? —Le volviste a reclamar.

—*Filliña*, yo no he visto ninguna carta. ¡Tienes una imaginación...! ¿Vosotros habéis visto algo? —preguntó al resto.

—Nooo —respondieron al unísono tus hermanos, deseosos de ponerse a colorear.

—Ves. Todas las tenéis ahí: las de Paymogo, las de los primos de Galicia... Son preciosas. ¡Anda, cariño, ponte a dibujar con tus hermanos y no me entretengas, que tengo toda la casa por hacer! —te apremió con su mirada dulce y melosa.

Y así te dejó atónita, inmóvil, con la boca abierta y una extraña sensación de irrealidad. De haber vivido unos instantes que no habían existido o, si habían sucedido, más te valía olvidarlos. Desde aquel día te has preguntado por qué tu memoria conservó intacto ese fugaz momento, por qué esos ribetes celestes y bermejos consiguieron clavarse en tu retina para siempre, cuál fue el desencadenante de querer saber más, de preguntar, de indagar. No te acuerdas. Podrías atribuirlo a las casualidades de la vida o a ese destino en el que tanto crees, pero ahora que conoces un poco más cómo funcionan los mecanismos de la memoria, sabes que los recuerdos solo se almacenan si existe un verdadero motivo para recordar y tú lo tenías: su silencio.

Porque ella era una tumba. No había quien pudiera con su inquebrantable hermetismo ni tampoco nadie que soportara tu insaciable curiosidad. Quizás creía que desviando la conversación hacia otro tema o reclamando el parecer de tus hermanos, que habían estado ajenos a su juego de malabarismo, te quedarías satisfecha. ¡Pero qué equivocada estaba!

Lejos de ponerte a dibujar, la vigilabas. Por el rabillo del ojo atisbaste cómo se dirigía preocupada a su habitación, cómo cerraba la puerta sigilosa y cómo, suponías tú, desde el otro lado de su cuarto rasgaba el sobre con cuidado y lo abría despacio, esquivando el más mínimo ruido para no ser oída.

Ahí, pensaste, estaría leyendo esa misteriosa correspondencia sin perturbarte, hasta que entonces descubriste a lo lejos una respiración cada vez más honda, profunda y entrecortada, como si le costara trabajo

respirar. Poco después, un sonido aspirante de penas y, acto seguido, una exhalación de dolor. Porque así lloraba ella: apenas un tintineo, como las medallas de su cuello; a pequeños sorbos, sin llanto, para que nadie la escuchara ni se preocupara, evitando romper la calma y levantar sospechas.

Pasado un rato, notaste cómo abría el cajón de su mesilla de noche, que siempre se quedaba atrancado, y cómo se obstruía de nuevo al intentar cerrarlo. Intuiste que habría guardado aquel sobre de ribetes rojos y azules en el único sitio de la vivienda con llave y fuera del alcance de vuestras curiosas y pequeñas manos.

Luego salió sin más, llevando las sábanas para lavar. Apresurada, con su clásico andar urgente por el pasillo de la casa y eludiendo tu mirada para impedir que te fijaras en sus ojos rojizos e hinchados. Algo pasaba, no había duda... Lo que no preveías es que te iba a costar toda una vida descubrirlo.

2

Carta de ajuste

Madrid, noviembre 1975

A pesar de que durante tu infancia el franquismo ya estaba dando los últimos coletazos, a nadie se le ocurría — ni en el colegio, ni en la calle, ni en la casa— hablar de política, y menos aún delante de los niños. De hecho, cada vez que tu padre amagaba con soltar algún impropio sobre el tema, ella daba un respingo de la silla, arrugaba el ceño y le soltaba su habitual: «¡Papá, los niños!», que le dejaba mudo, inerte y sin posibilidad de rechistar.

Juntos habían conseguido que ninguno de vosotros notarais que vivíais en medio de una dictadura. A tus ojos, la peor y más cruel fechoría que había cometido ese hombre bajito, vestido de militar y de voz aflautada, había sido morirse y dejaros durante un tiempo, que se te hizo eterno, con la pantalla de la televisión congelada en la imagen de la carta de ajuste y una monótona sintonía de marchas militares en sustitución de los dibujitos.

Había roto vuestra particular rutina. Aquella caja animada, que mantenía intacto el botón rojo del UHF y deteriorado, al máximo, el del encendido, sujetado solo por dos palillos, era para ti el centro de tu existencia. La habían

comprado para ver la llegada del hombre a la Luna el mismo año que naciste tú, gracias a un golpe de suerte en la Quiniela. De hecho, solían explicarte que los catorce aciertos en el boleto se debieron más a tu mágica venida al mundo dentro del manto de la Virgen, aún con el líquido amniótico y la bolsa de la placenta íntegra, o a la suerte, que a la pericia de tu padre.

Fuera o no cierto, la realidad es que desde ese día aquel aparato había logrado ocupar un lugar predominante dentro tu familia. Por eso, cuando te la quitaron de forma inesperada, tu enojo rozó tintes de tragedia griega. Después de intentar encenderla como unas diez veces seguidas, de manera insistente y sin demasiado éxito, refunfuñaste.

—Pero, mami, ¿qué le pasa a la tele? —preguntaste resoplando ante la evidencia de que ibas perderte las trastadas de los malditos roedores. Ella no sabía muy bien qué explicarte, pero necesitaba que pararas de una vez por todas para no ponerla más nerviosa. Se encontraba angustiada, desorientada, moviéndose de un lado para otro, sin poder centrarse en lo qué decirte ni en lo qué hacer.

—¡Ay, Lúa, para ya! ¿No te das cuenta de que ha muerto Franco y por eso no hay señal? ¡Por mucho que aprietes el botón y resoples, no vas a conseguir que se encienda en todo el día, así que basta ya!

Sin duda, su enérgica y contundente respuesta te resultó áspera, molesta, nada que ver con las asiduas explicaciones de las tormentas, que tantas veces os dejaban sin tele y en penumbra durante largas horas con los deberes a medio hacer y la casa fantasmagórica, cubierta de velas. Aquello te sonó realmente trascendente y de difícil arreglo.

—¡Pues que nombren a otro! ¿No? —le propusiste compungida, ajena a la gravedad del momento, sin ser consciente de que ese día sería señalado en los libros de historia como el del fin de uno de los regímenes totalitarios más longevos del mundo—. ¡O, si no, dime tú cómo voy a

vivir sin dibujos animados! —soltaste con tu habitual dramatismo.

Fruto de la tensión, la angustia y tu exagerada ocurrencia, la pobre, que llevaba todo el día preocupada y taciturna, estalló en una abrupta y sonora carcajada que te pareció de lo más insensible e irrespetuosa, pero que enseguida matizó para no violentarte. Recomponiéndose y con un semblante algo más circunspecto, te tranquilizó.

—Bueno, hija, ten paciencia. Esperemos que todo cambie pronto —esta vez lo dijo refiriéndose más al devenir de España que a la programación televisiva.

No obstante, ese comentario final no te gustó demasiado. Era apocalíptico, derrotista, poco esperanzador. Imaginabas que tu madre se sentiría apenada, pues había conocido años atrás a ese tal Franco en una visita oficial que había realizado al Ministerio de Agricultura, donde trabajaba tu padre. Te había contado que su mujer, doña Carmen, a la que llamaban la Collares por su afición a las joyas, sobre todo a las regaladas, se había acercado y besado a tu hermano mayor, Germán, cuando era solo un bebé. Imaginaste que esa actitud le confirió al recién nacido una especie de halo milagroso o bendición al más puro estilo de *La bella durmiente*, por el que tu madre se hallaría en eterna deuda con esa familia.

En tu cabeza, no hilaste su ceño preocupado con el devenir, sino con un sentimiento de aflicción igual al que habías presenciado cuando a vuestra Madrinita le anunciaron una grave enfermedad. No había transcurrido tanto de aquello y, a pesar de que a sus setenta años ya cabía esperar cualquier cosa, para tu madre supuso un duro golpe del que le costaba reponerse. La seguías viendo triste y eso te apenaba, así que quisiste consolarla desviando la conversación hacia el más allá, un lugar al que a ella le gustaba referirse y que solía evocar en circunstancias complejas.

—Mami, ¿y Franco irá al cielo? —A ella le sorprendió tu inesperada pregunta.

—No lo sé, hija.

—Pero ¿no dices que fue bueno? —insististe.

—Bueno, sí, para algunos fue bueno, pero para otros no tanto.

—A papá no le gustaba nada. Dice que mató a su tío... —soltaste con tu abrupta sinceridad.

—Pero ¿qué dices, Lúa? ¡Ni se te ocurra decir eso a nadie! ¿Me has oído? ¡A nadie!

—¿Por qué...? Si lo dijo papá —respondiste y suspiraste desganada.

—¡Mírame, Lúa! ¡Mírame, por favor! —Te zarandeó suavemente—. ¡Ni a tus amigas! ¡Ni a las vecinas! ¡Ni a tus compañeras del cole! ¿Me has entendido?

—Vale, vale.

—¡Porque papá nunca ha dicho eso! ¡No le vayas a meter en un lío, que es lo que nos faltaba! ¿Lo entiendes?

—¡Que sí! ¡Que sí!... —Te callaste. Tu cabeza no entendía nada, por qué tanta insistencia, tanto escándalo. Entonces se te ocurrió preguntarle por otro de los lugares que ella te había enseñado. — Ya sé... ¿Irá al limbo?

—¿Quién? —preguntó de nuevo ella de manera concisa y seca.

—¡Pues quién va a ser, mami! El señor ese, Franco.

—¡Ay, Lúa! Eso solo lo sabe Dios —zanjó ella, poniendo el vaso de Cola-Cao que estaba calentando encima de la mesa—. ¡Basta de preguntas y a merendar!

—¿Y por qué Madrinita está malita? ¿Nos va a dejar? ¿Se va a ir al cielo?

—No, hija, no te preocupes, ya verás cómo la vamos a curar aquí. Se pondrá buena.

—¿Y entonces ya no se le aparecerá el diablo?

—¿Eh? ¡Cómo dices eso! ¡Qué ocurrencias tienes, hija! ¡Venga, merienda, que ya es hora! —te apremió—. ¡Y no me preguntes más!

Sabías que la molestabas con tantos interrogantes. Si para que te explicara por qué sufría tenías que llegar al límite de su infinita paciencia, lo hacías. Daban igual las consecuencias. Eras incapaz de callarte. Descarada, sin filtro. Todo lo que no entendías o querías saber lo vomitabas sin importar a quién tuvieras delante, con esa ingenuidad tan desesperante.

Cada vez entiendes mejor que a ella, tan dulce, tan discreta, tan silenciosa, tan reservada, esa niña que Dios le había dado, tan suya, tan hostil, tan insistente, le recordaba demasiado a alguien que no quería rememorar y quizás por eso no tenía más remedio que aceptar tu descaro, tu frescura y tu forma apasionada de vivir, ya desde la infancia, como un mal menor que soportar. Bien sabía que no podía contener tus genes. Clamaba al cielo resignación divina para aguantar tus imprudencias, pero tú no parabas. Daba igual lo que ella dijera; si te veías cargada de razón o no entendías algo, tú seguías insistiendo.

3

El demonio en casa

Madrid, noviembre de 1975

Madrinita llegó a vuestra casa de Moratalaz, un barrio nuevo de Madrid, tras un terrible e infinito viaje de catorce horas de traqueteo en tren desde Pontevedra. Venía mareada, enferma y desesperada por un trayecto plagado de curvas y sobresaltos en unos vagones que, más que deslizarse, parecían tropezar. Tus padres, conociendo su aversión a los viajes y a las esperas, acudieron a recibirla a la estación una hora antes de su llegada para que no tuviera que perder ni un minuto de su escasa paciencia ni acarrear más peso que su coqueto bolso de mano a juego con los zapatos.

Nada más llegar al pequeño piso de cincuenta metros cuadrados, tu madre la desvistió y la acostó en la que fuera la habitación tuya y de Xita. Se había pasado toda la mañana adecentando y limpiando el cuarto para que lo encontrara resplandeciente, impoluto, sin una mota de polvo y con las sábanas de algodón blancas, recién lavadas y planchadas, como a ella le gustaban. A partir de ese momento, os tocaría dormir en el comedor, pero no os importaba con tal de tenerla cerca. Antes de desearos

buenas noches, tu madre os pidió que no hicierais demasiado ruido a fin de que ella pudiera descansar plácidamente.

Al día siguiente, sin embargo, al no reconocer ni la cama ni el cuarto, Madrinita se despertó desorientada. Fue entonces cuando empezó a gritar desesperada, como si alguien la estuviera reteniendo contra su voluntad. Tu madre no tardó ni un segundo en acudir. La encontró pálida, despavorida, temblando y con los ojos fuera de las órbitas. Nerviosa y agitada, ella le empezó a contar, con un hilo de voz, una historia terrorífica sobre un ser amorfo que se le acababa de aparecer para anunciarle su muerte inminente. Era el diablo —decía— quien pretendía arrastrarla al infierno por algo que había hecho en el pasado... Algo que ella no contaba pero que ambas sabían.

A Xita, Conchita, tu hermana pequeña, y a ti, aquellos alaridos que parecían salir de la ultratumba os sacaron precipitadamente de la cama plegable que habían colocado en el salón-comedor. Alarmadas, os acercasteis sin hacer ruido para comprobar qué estaba ocurriendo y escuchar, muertas de miedo y agazapadas detrás de la puerta, aquel espeluznante relato.

—¡Ay, neniña! ¡Te digo que era él! ¡*O demo!* Satanás, Lucifer, ha estado aquí. Viene a por mí. Me va a llevar al infierno. Lo sé. Me lo ha dicho. Necesito confesarme. Quiero purgar mis pecados... Por favor, hija, en cuanto puedas, tráeme un sacerdote. ¡Por Dios, consíguelo antes de que me vaya!

A tu madre le entraron ganas de llorar. Observarla tan débil y frágil, con aquel pelo corto de color avellana, ahora enmarañado y revuelto, cuando siempre lo llevaba escrupulosamente peinado en ondas, la asustó. No parecía ella. Estaba famélica, muy delgada, con la mirada perdida, vidriosa y asustadiza. Sin duda, se acercaba el momento de su partida y no pudo más que acurrucarla en sus brazos.

—Venga, venga, Madrinita, tranquiliña. Cálmate. No ha sido nada, solo una pesadilla. Luego le pido al padre que nos visite y se quede un ratito a tu lado, pero ahora duérmete y descansa. El viaje ha sido demasiado largo y te ha alterado. Hazme caso, reposa un poco. —Tu madre le acariciaba y besaba la coronilla como si fuera una niña pequeña.

—¡Qué va a ser una pesadilla! ¡Si le he visto con mis propios ojos! ¡Estaba ahí, justo ahí! —Le apartó el brazo señalando una mancha de humedad en la pared—. Anda, ve, tengo que explicarle todo antes de morir. ¡Yo nunca pretendí hierirla —tú lo sabes—, ni a ella ni a ti! Nunca estuve de acuerdo con la decisión de nuestra familia, pero ¿qué iba a hacer? No me quedó más remedio que obedecer. ¿Cómo me iba a oponer? ¡Acuérdate cómo se enfadaba mi padre, tu abuelo, cuando alguien le llevaba la contraria, con esos ojos que se volvían transparentes de ira! ¡Parecía que te iba a matar! ¡Tuve que aceptar su decisión, pese a que la mandaba a la mismísima boca del infierno, a la miseria más absoluta! ¡Cuántas atrocidades tuvo que padecer por nuestra culpa, cuántas desgracias podíamos haber evitado! ¡Qué vida más miserable! Y tú... ¡cuánto sufrimiento! ¡Por favor, hija, no lo demores, pídele al cura que venga!

—No te preocupes, en seguida le mando aviso para que te quedes tranquila, pero ahora sosiégate, anda, no me vayas a asustar a las niñas, que son muy pequeñitas. Piensa que ha sido una pesadilla, solo eso, un mal sueño, y no le hagas caso. No sufras más. El pasado, pasado está —le susurró tu madre con un inmenso cariño y comprendiendo mejor que nadie la causa de su alteración.

—¿Cómo quieres que no haga caso? ¡Estoy aterrada! Me voy a morir, me lo ha susurrado al oído... ¡Me va a castigar! No estuvo bien, no estuvo bien, no actuamos correctamente... Perdóname, hija, perdóname... —repetía a

cada minuto sin que Xita ni tú, que os manteníais sin moveros detrás de la puerta, supierais a qué se refería.

—¡Madrinita, el diablo nunca avisa, así que, serénate! ¡Además, tú nunca me hiciste daño, siempre me protegiste! No sé qué hubiera sido de mí sin ti... Anda abrázame... — Con el rabillo del ojo, tu hermana y tú visteis cómo tu madre la volvía a estrujar entre sus brazos.

—¡No sabes lo que es, hija querida! Ni te lo imaginas — sollozó con desconsuelo—. No tiene cara de hombre ni de bestia. Tiene un rostro grande, del color de los cadáveres, gris, sin pelo, sin nariz, con una hendidura siniestra como boca. Alto, muy alto y delgado. Me agarró con mucha fuerza. Tenía un aspecto repugnante y gelatinoso. Iba sin ropa. Se situó sobre mí. Lo he sentido. Y me ha dicho que me estaba esperando en el infierno. ¡En el infierno! He notado su aliento fétido, su presencia, su carcajada diabólica. Es algo horrible.

Entonces Xita, con apenas cuatro años, casi dos menos que tú, te miró tiritando, angustiada por lo que acababa de escuchar. Al principio, se había aproximado al verte de cuclillas en la puerta y, en vez de marcharse, había preferido quedarse agachada a tu lado, como si te quisiera proteger. Ninguna de las dos estaba preparada para oír aquello, pero soportasteis la tensión conteniendo como pudisteis la respiración para que no os descubrieran.

Por la escueta abertura, comprobasteis cómo tu madre, de espaldas a vosotras, tomaba el rosario de su falda y empezaba a rezar para tranquilizarla. Cuenta a cuenta, orando primero el padrenuestro, luego las avemarías, los glorias, las letanías... como le habían enseñado las monjas en su infancia, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro imperceptible mientras Madrinita se iba sosegando y durmiendo. Después, terminó tarareándole una nana para que descansara de modo apacible, de la misma manera que os mecía a vosotras cuando no podíais dormir.

Quizás tu madre no se acordaba y por eso te soltó aquello de «¡Qué ocurrencias tienes, hija!», pero «¡Ocurrencias, las de Madrinita!», pensaste tú; sin embargo, preferiste no recordárselo para que no se enojara más. Como tantas otras veces a lo largo de tu vida, sabías en qué momento resultaba mejor atribuir a tu mal oído conversaciones que ella no quería desvelarte o recuerdos que prefería mantener encerrados. Tu retina, en cualquier caso, grabó aquel episodio para el resto de tu vida. Durante tu infancia, tu adolescencia y tu juventud, nunca dejarías de preguntarte por qué el diablo se le había aparecido a Madrinita, de qué se arrepentía, qué había hecho. Te quedaba todo por saber.

4

Rastro de polvo estelar

Marín, diciembre de 1975

A pesar de sus alucinaciones y apariciones diabólicas, para ti Madrinita representaba esa especie de hada madrina al más puro estilo Mary Poppins que todas las familias deberían albergar en sus hogares para despertar la imaginación y fantasía de los más pequeños. Extraña, siempre perfumada y vestida con sus imolutos trajes de chaqueta y falda, Madrinita procedía de un mundo distinto al vuestro y, si bien no volaba como la de la película, tampoco tenía los pies en la tierra.

Venía del norte, de Galicia. Con una estatura inabarcable y una figura rotunda. Le sacaba dos palmos a tu madre y tenía un rostro extremadamente cuadrado frente a vuestras caritas ovaladas. Por su forma de hablar y comportarse, no se parecía a ninguna de las abuelas que conocías. A sus setenta años vivía entregada a sus tres únicas pasiones: los zapatos, los negocios y Dios. En una época en la que pocas mujeres trabajaban fuera del hogar y mucho menos en puestos de responsabilidad, ella era la Jefa, así, en mayúsculas. Gobernaba todo, la casa, la familia y el dinero. Regentaba la fábrica de hielo de Marín que, a decir verdad,

no sabías muy bien para qué servía ni a qué tipo de demanda respondía, pero que te resultaba tan enigmática como la Antártida de Jules Verne.

A pesar de tus deseos por conocer su interior, nunca te dejaron adentrarte en el gélido recinto a fin de que no afectara a tus delicados pulmones. Los veranos, en los que visitabais a Madrinita, vuestro padre os retenía dentro del Seat 850 color aceituna mientras tu madre se acercaba veloz a verla y, de paso, a recoger las llaves de la casa. Por la ventana del coche, observabais exhaustos y pringosos cómo entraba en ese mundo que imaginabas cubierto de nieve, hielo y escarcha, con trabajadores enfundados en batas blancas y patinando por la planta mientras Madrinita los dirigía. Por la rapidez de movimientos al cerrar el portalón, comprendías que tenía que permanecer herméticamente clausurado para evitar que se derritiera ante el bochornoso agosto. A ti todo eso te fascinaba.

Allí ibais cada dos veranos. Llegar a Marín significaba mucho más que ir a la playa de Portocelo. Representaba la posibilidad de palpar y asir la completa y ansiada libertad. Saborear y mezclar las gotas saladas del océano con el aroma a menta del eucalipto recién plantado. Disfrutar de un éxtasis sensorial. Nada más pisar la arena y despojarte de la vestimenta, respirabas hondo, alzabas los brazos y salías corriendo hacia la orilla con aquel trikini de flores rosa mientras ibas moviendo de un lado a otro la cola de caballo. A lo lejos, tu padre sonreía al verte tan contenta, observando cada uno de tus gestos y cómicos espasmos por lo fría que estaba el agua. Luego, sin ningún tipo de temor, te sumergías como si fueras una sirena y ese fuera tu hábitat natural. Ninguna experiencia a lo largo de tu dilatada vida ha conseguido nunca ofrecerte esa misma sensación de plena felicidad.

Tu alegría empezaba nada más doblar la curva de la carretera que llevaba a la playa y divisar el enorme cartel publicitario de La Pitusa, aquella bebida refrescante que

anunciaba una niña dibujada con dos trenzas rígidas a cada lado y pintada de color rojo, que portaba en un brazo una botella de agua carbonatada mientras izaba el otro como si os dijera: «¡Venga, chicos, aquí la tenéis después de un año de espera y sacrificio!». Pizpireta como vuestra pequeña hermana, decidisteis rebautizar a Xita como vuestra Pitusita.

Ni las inmundas y angostas carreteras para llegar a Galicia, ni las interminables horas de viaje —ni siquiera la fétida fábrica de celulosa— te quitaron nunca la ilusión de llegar a la tierra y rebuscar con tu madre entre las rocas y la arena de la playa las conchas más blancas y los pequeños caracolillos que luego convertíais en pulseras y collares marinos.

Aguantabas estoicamente la entrada en Marín, a pesar de que cada año desfallecieras a causa del hedor putrefacto de los gases emitidos por la factoría de pulpa de papel. Era peor, incluso, que el asqueroso olor a bomba fétida que los niños tiraban a modo de broma y escarnio navideño por los Santos Inocentes. Si el viento soplaba en dirección sur, entonces Marín olía a huevo podrido. Si apuntaba al norte, le tocaba a Pontevedra. No había escapatoria. Ese tufo irrespirable era el precio que teníais que pagar por ver a vuestra Madrinita y disfrutar de su playa, así que no te quedaba más remedio que aguantarte.

Aquellas emisiones contaminantes, junto con las humedades de la fábrica de hielo, acabaron por perjudicar la salud de Madrinita. Le provocaron un cáncer voraz que terminó instalándose en su hígado y que hizo que llegara a la pequeña vivienda de la calle Arroyo Belincoso, que tu padre había comprado antes de casarse, para que la cuidarais. Cuando la visteis, su tez blanca y sin arrugas había adquirido un tono cetrino y amarillento irreconocible. Su cuerpo grande y rotundo, con andares de marcha militar, se había convertido en un manojito de huesos incapaz de sostenerse por sí solo. Tu madre tuvo que